

# I CONCURSO LITERARIO HABLEMOS DEL SÁHARA OCCIDENTAL

PRIMER PREMIO  
CATEGORÍA ADULTA DE RELATO CORTO

ORGANIZADA POR ASOCIACIÓN ACAPS



acaps

## LA LUZ DE SMARA

por Jorge Villalgordo Saura | Primer premio en la categoría adulta relato corto

Me quedé largo rato mirando aquella vieja polaroid. Estaba ligeramente sobrepuesta. Recordaba como el implacable sol del Sáhara arruinaba todas las fotos que tomaba con aquella cámara instantánea, hasta que comprendí que la única solución era utilizar mi axila a modo de cuarto oscuro durante el proceso de revelado. En la foto, Nura y yo, sonrientes, haciendo la señal de la victoria. Al fondo se podía ver una casa de adobe derruida por las intensas lluvias de aquel otoño. Era diciembre. Yo llevaba camisa verde, gafas redondas y la barba desaliñada. Nura, camiseta rosa de manga larga, coleta, y mi cámara réflex colgada de su hombro izquierdo. Hacía ya cinco años de aquella foto.

Lo primero que recuerdo ver en Tinduf es no ver absolutamente nada. La noche envolvía todo cuanto había más allá del interior de aquella furgoneta, cuyas luces tan solo dejaban a malas penas ver una carretera mal asfaltada, agrietada por el sol, e infestada de baches y piedras, que se alargaba como una cicatriz sobre la árida hamada argelina. Éramos cuatro en aquella furgoneta: Marta y Pedro, un matrimonio de Murcia a quienes había conocido hacía apenas unas horas en el aeropuerto, Alí, nuestro conductor y guía, y yo.

Cualquier otro probablemente habría pinchado en aquella carretera, pero Alí no. Instintivamente encendía las luces largas, de forma intermitente, y siempre parecía hacerlo en el momento oportuno para que consiguiésemos esquivar un socavón o un pedrusco. – Uf, ese era gordo – exclamaba de vez en cuando, sonriendo. Su actitud desenfadada y experiencia al volante hacía que, de algún modo, nos olvidásemos de lo destartado de la furgoneta en la que viajábamos.

# I CONCURSO LITERARIO HABLEMOS DEL SÁHARA OCCIDENTAL

PRIMER PREMIO  
CATEGORÍA ADULTA DE RELATO CORTO



Era ya tarde, pero habíamos conseguido llegar a nuestro destino; la wilaya de Smara. La luz allí seguía siendo inexistente. Tan solo unas tenues luces iluminaban las siluetas de algunas casas. Eran casas de barro, que dibujaban con sus contornos figuras geométricas sobre la oscuridad de la noche, al contacto con aquella pobre iluminación. Aquellas siluetas fueron mi primera imagen de la wilaya. Esa primera noche, tomé una única fotografía. Movida, desenfocada, subexpuesta. Me pareció una foto horrible, pero no tuve tiempo de tomar más. En seguida nos recibió la esposa de Alí, a la puerta de su casa. Vestía una melfa de un color que yo intuía era cálido, pero que no conseguí distinguir del todo en la oscuridad. Entramos dentro de casa. Era como las que acababa de fotografiar: geométrica, con forma de cubo, y hecha de barro. En el interior, por fin, se hizo la luz. Era una estancia única, con el suelo tapizado de alfombras de colores con motivos bereberes, y una especie de sofá que rodeaba prácticamente tres cuartas partes del perímetro de la habitación.

Me fui a dormir con la misma extraña sensación que siempre tenía al llegar a un lugar extraño en mitad de la noche; la sensación de no estar en ninguna parte. Esa sensación en Smara fue más intensa que nunca debido a la escasez de luz. La foto que había hecho esa noche fue lo último que me pasó por la mente antes de quedarme dormido.

Desperté. Aquella mañana, Alí estaba llenando un cubo con agua no lejos de mí. Vestía un draâ azul claro, con el turbante negro en el cuello a modo de bufanda. – ¿Has dormido bien? – preguntó, y me invitó con un gesto de mano a entrar en la haima. Dentro, su mujer preparaba el té. – Buenos días – le dije. Me respondió con una sonrisa.

Alí se sentó a mi lado. Puso entre nosotros dos vasos, y los llenó de té, primero el mío y después el suyo, levantando hábilmente la tetera por encima de la altura de su hombro derecho. El té caía desde lo alto con precisión en el vaso, creando una fina espuma que le confería un aspecto muy apetecible al té. Todavía humeante, lo agarró, y le dio un sorbo. Intenté emularle, pero fui incapaz de apenas rozarlo con el labio superior.

En ese instante, entró en la haima Nura. Era la hija de nueve años de Alí. Iba y venía de aquí para allá, entre un enjambre de amigos, corriendo, jugando y riendo, apareciendo y desapareciendo como torbellinos de arena que levanta el siroco.

# I CONCURSO LITERARIO HABLEMOS DEL SÁHARA OCCIDENTAL

PRIMER PREMIO  
CATEGORÍA ADULTA DE RELATO CORTO



Prácticamente sin decir nada más, la niña me preguntó si le dejaría mi cámara. Alí se apresuró a reprimirla por ello, pero le dije que no se preocupase. Sin decir nada, la niña tomó mi réflex y abandonó apresuradamente la haima. Inmediatamente después, un algarabío de niños se escuchó desde dentro.

– Ahora es la envidia de sus amigos – bromeé con Alí. Vi en su rostro una expresión de felicidad contenida. Era evidente que se sentía orgulloso de su hija. No le faltaban motivos; se trataba de una niña despierta e inteligente. Pasé gran parte de aquellos días en esa haima, tomando té con Alí, solo o en compañía de amigos y familiares, hablando de política, de familia, de religión, de futuro. Hablando, hablando, hablando. Un té tras otro, sin prisas, se fueron pasando los días.

Finalmente, y transcurrida una semana, había llegado el momento de volver a casa. Aquella polaroid con Nura fue la última foto antes de subirme al coche que me llevaría al aeropuerto.

Nura había estado utilizando mi cámara réflex durante todo aquel tiempo, hasta el punto de que prácticamente había más fotos tuyas que mías en la tarjeta de memoria. Podía ver en la pantalla de la cámara cómo había retratos de gente a la que yo ni siquiera había visto, lugares en los que no había estado, y lo más interesante, detalles en los que yo no había reparado. Nura desaparecía un rato con mi cámara, y volvía con todo un testimonio único, al que yo jamás hubiera podido acceder. Sus fotos no eran perfectas, pero eran honestas. Las he revisado a lo largo de estos años decenas de veces, y siempre descubro alguna nueva que me resulta fascinante.

Aquel día, sin embargo, revisé mis fotos. En la carpeta del ordenador llamada Sáhara, apareció en primer lugar la foto oscura y trepidada de aquella primera noche en Smara. Mientras la miraba, recordé las palabras de Alí en una de aquellas tardes en su haima. “Los saharauis somos un pueblo fuerte, no hay otra manera de resistir cuarenta años en el desierto. Sacamos lo mejor de las condiciones, por duras que sean, en lugar de esperar de brazos cruzados a que estas sean favorables. Ese es el espíritu de la lucha saharauí”.

En ese momento entendí que ese día, en medio de toda aquella oscuridad, y sin ni siquiera saber muy bien en qué lugar me encontraba, acababa de fotografiar el Sáhara.

Por Jorge Villalgordo Saura